

MONTECINO

MARÍA NIEVES ALONSO M.*

¿De dónde vengo. Sino de estas primerizas, azules
materias que se enredan o se encrespan o se destituyen
o se esparcen a gritos o se derraman sonámbulas,
o se trepan y forman el baluarte del árbol,
o se suman y amarran la célula del cobre
o saltan a la rama de los ríos, o sucumben
en la raza enterrada del carbón o relucen
en las tinieblas verdes de la uva?

Chile fértil, provincia señalada
de la región antártica famosa
la gente que produce es tan granada...

Creemos ser país
y la verdad es que somos apenas paisaje

PABLO NERUDA, Alonso de Ercilla, Nicanor Parra, antes citados, Alonso Ovalle, Gabriela Mistral, nos entregan en crónicas y poemas una idea de Chile plena de subjetividades y luces. Trigales dorados, diminutos seres, apenas pinceladas; silencio y turbulencia, en la secreta persistencia de la belleza y el abismo, en la estrategia de la semejanza radical y la más salvaje y absoluta diferencia de lo inédito Sergio Montecino nos entrega una visión de lo mismo que nunca es aquello que ya sabemos. Así estos magníficos cuadros, acuarelas y pasteles vuelven sonora la Primavera de la Universidad de Concepción, iluminan la Sala Universitaria y devienen joyas llenas de sensaciones y recuerdos en la Sala Caballo Verde. Pintar el campo que no

*Dra. en Filología Romance, ensayista y crítica literaria. Profesora del Depto. de Español y Directora de Extensión de la Universidad de Concepción.

está pintado, mejor: pintar el campo como no está pintado. Obviamente no voy a hablar de pintura, ni de técnicas, ya sabemos hay forma, dibujo, color. Montecino reinventa, reinterpreta los colores y el paisaje al tiempo que prolonga una gran tradición: Valenzuela Llanos, Juan Francisco González, Gordon, Samuel Villaseñor, Ximena Cristi....

Pintar es, como escribir, inventar o enseñar, en el sentido de mostrar, hacer evidente un pueblo, una morada, un domicilio. Un domicilio para habitar, un lugar para su contemplación y su gozo y no para su devastación. Las vegetaciones, trigales, árboles, valles, lluvias, la calle Lyon y ese muro, ese muro expresan una creación y una apropiación sensual y potente, espesa e incluso tumultuosa, y al mismo tiempo, transparente, tierna, delicada. La emoción –el punto del que se parte–, la sensación, la ejecución y las texturas hablan de la condición múltiple, leve, rápida, exacta, visible, que requiere el arte para este milenio y que posee la pintura de Montecino

Levedad y espesura, esta genealogía amorosa con los espacios naturales que revela el mito de nuestro origen como tierra donde habita el paraíso –como la maravilla devenida encuentro que dice Ovalle– y que habla de la habitación y la casa compartida, y transcurre armoniosa con la exposición, diseño y gozo de la otra genealogía: la de la sangre y los afectos más privados. Dos grandes fuerzas recorren, pues, esta obra llena de amor, optimismo y, no obstante, en llamas y *ritornellos* de la pasión del gran desorejado. El otro desorejado, el de los campos de Arlés no aquel que entró con Almagro por los desiertos de Chile. Naturaleza y familia, paisajes de la patria y mapa de los afectos. Hay siempre en estos cuadros una clave, un *punctum* que nos llama desde las más diversas zonas. En “Paulette” será esa transparencia que la alumbra, en Pilar esa pequeña corona de luz; es ese zapatito verde de Vivian que delata al que falta, es un verde sonoro, una pequeña nota, una mirada como llama, una cometa, un baldecito o unas pequeñas huellas de lo humano. Movimiento y placidez. Sinestesia y animización. Hay rito fundacional en estas telas, hay juego en estas figuras que a veces parecen las de unas reinas y otras las de pequeños arlequines picassianos.

Expresionista en su sentido más amplio, posimpresionista, fiel a una matriz estética propia (Ivelic), optimista, dinámico, dionisiaco, hay temblor, música, danza y sonido en estos cuadros. Montecino nos devuelve una imagen de Chile especialmente potente, generosa y permanente. Hay en ella la sensación de la sombra huidiza de la belleza y la doméstica y cálida convicción de una conciencia hospitalaria. Luz y más luz, color y más colores. Hay rojos, verdes, azules, amarillos, deviniendo, creando, recreando otros rojos, otros azules, verdes, amarillos y proclamando añoranzas, pasiones y temblores. Crepúsculos y amaneceres en esta bella recreación de nuestros sueños de sosiego y movimiento de vuelo y amplitud.





Bosque quemado
Oleo, 0,75 x 1,05 m
1948



Lluvia
Oleo sobre madera
0,61 x 0,80 m
1959



Arboles
Oleo, 1,06 x 1,55 m
1959



Paulette
Oleo, 1,22 x 0,50 m
1965



Vegetación
Oleo, 1,29 x 0,78 m
1967



Bosque
Oleo sobre madera,
1,53 x 1,07 m



Trigal
Oleo, 1,00 x 1,60 m
1993



Crepúsculo de la Cordillera de la Costa
Oleo, 0,81 x 1,00 m
1993



Muro
Oleo, 0,77 x 1,31 m
1966



Calle Lyon
Oleo, 1,00 x 1,30 m
1995